



ONU: EL SECRETARIO GENERAL, COMO SUMO SACERDOTE

KURT Waldheim, austriaco de la más fina y tradicional diplomacia europea, suavemente conservador, y U Thant, lento y pausado, dramático y estoico oriental, ¿qué tenían en común para que Nixon les haya fundido en una sola diatriba? Son, dice, «ingenuos». Ingenuo, en nuestro tiempo político, viene a ser un sinónimo de «tonto útil». Ingenuo suele ser el que se sitúa por encima de algunos intereses propios, algunas líneas de combate, y busca las realidades y trata de analizar. U Thant y Kurt Waldheim han sido dos tipos de secretario general de la ONU muy parecidos —hasta ahora— en el sentido de que son moralistas y éticos. Cabe preguntarse si el cargo permite, hoy, otra cosa. Hace unos años, un escritor que estudió las Naciones Unidas (Conor Cruise O'Brien, «The United Nations: sacred drama»), comparaba el puesto de secretario general al del Papa: un hombre dotado de un alto prestigio espiritual, de un juicio elevado, que no puede tener autoridad ejecutiva ni temporal en un mundo donde prevalece la fuerza. Si el papado sabe convertir ese poder espiritual en fuerza temporal («los cañones del Papa», como se decía), la fuerza posible de un secretario general está igualmente en convertir ese prestigio moral en una fuerza internacional, y conseguir que, con ello, se eviten las guerras.

Los intentos de la ONU de tener una fuerza militar real (Corea, Congo, Oriente árabe), fracasaron y contribuyeron más al desprestigio de la ONU. ¿Puede decirse lo mismo de la fuerza moral de U Thant? La idea de que «no ha conseguido nada» está muy arraigada, y él contribuyó naturalmente a ella con sus insistentes intentos de dimisión en

vista de que nadie le hacía caso. Cabe preguntarse si el mundo sería igual si U Thant no hubiese existido. Y sin su pesimismo continuo, sin su aire perpetuo de mártir doliente, de sacrificado, de crucificado por la idea de la paz mundial. Ha sido una figura simbólica. No parece que cuadre aquella personalidad con la del austriaco Waldheim, pero las invectivas de Nixon comienzan ya en la línea o en el estilo que podía comenzar con la muerte de Hammarskjöld en el Congo, cuando se decidió a tomar parte física y personal en las operaciones de paz; operaciones que en sí pudieron ser un fracaso, pero que desde el punto de vista de auto sacramental laico de la ONU, suministró la escena ideal de la muerte del apaciguador.

El secretario general, como sumo sacerdote. Los ciudadanos del mundo, como fieles; los poderes alcanzados por el dictamen moral —¿qué país no ha atacado alguna vez a la ONU, al secretario general?—, como fariseos. ¿Es éste todo el alcance de la ONU en nuestros días, más de un cuarto de siglo después de su fundación? No parece que sea más. Pero, bien manejado por personajes por encima de toda sospecha, puede ser bastante más de lo que parece. ■ H.

PAUL HENRI SPAAK: RETRATO POSTUMO

EXTRANO personaje este Paul Henri Spaak, que acaba de morir: en una trayectoria políti-

ca de algo más de cuarenta años pasó de la extrema izquierda obrerista y revolucionaria al cargo de presidente en Europa de la ITT, la poderosa empresa de los Estados Unidos que es una avanzada militante y actuante del capitalismo mundial (recuérdese su reciente intervención para derribar el Gobierno de Allende, en Chile): todo ello sin salir nunca del partido socialista belga, que él contribuyó a fundar a partir del «partido obrero» en que militó en juventud.

Spaak nació rico. Su padre era un dramaturgo famoso —alguna de sus obras se ha visto en España—, su madre era diputado de izquierdas. Fue prisionero de los alemanes en la primera guerra mundial, cuando tenía diecisiete años —nacido en 1899— y en el campo entró en contacto con el pueblo. Parece que aquella experiencia fue la que le convirtió en extremista de la izquierda, a la que defendió desde que se hizo abogado y militante del partido obrero, luego socialista. Ascendió rápidamente los peldaños de la política: concejal, diputado, ministro en 1935, jefe del Gobierno en 1936 y, como tal, hizo que Bélgica fuese uno de los primeros países de la línea democrática europea en reconocer el Gobierno creado por Franco; y cuando llegó la guerra mundial, mantuvo la neutralidad de Bélgica, que se hizo imposible por la invasión alemana; se fue al exilio y, desde él, fundó un Gobierno belga de resistencia.

Spaak, que había conquistado sus primeros puestos políticos desde el ala izquierda del partido, atacando la «potencia del dinero», luchando en el interior del partido socialista contra «la tendencia al aburguesamiento» (aun-

que ya en esa época, Trotsky le había considerado como un oportunista), creó una nueva doctrina de derechas: el «socialismo integrado al capitalismo»: el capitalismo es inevitable y está firmemente establecido, y el socialismo debe actuar dentro de él como un poder moderador que lo complementa y lo racionalice. Era, no lo olvidemos, el tiempo de la guerra fría, y Spaak fue en ella uno de los más ardientes guerreros. Como tal, fue secretario general de la OTAN: luchó siempre por dotar a la organización militar atlántica de la máxima fuerza y por mantenerla estrechamente ligada a los Estados Unidos. Su defensa de Europa de los Estados Unidos fue siempre encarnizada, tanto en la OTAN como en las diversas organizaciones europeas que Spaak contribuyó a formar; la presidencia de la ITT ha sido una magnífica recompensa.

Pero el concepto de Europa de Spaak difería notablemente del de otros europeístas, especialmente del de De Gaulle. Fueron enemigos. Spaak buscó su alianza en otro guerrero frío, Adenauer. Pero Adenauer y Spaak vinieron a caer con el fin de la guerra fría: ya no eran necesarios a la Europa militante. Spaak vio debilitarse la OTAN, y renunció a su cargo de secretario general en 1961 (había sido nombrado en 1957); volvió a ser ministro de Asuntos Exteriores belga en 1964, pero cayó su Gobierno en 1966 y Spaak se retiró definitivamente de la política, aunque seguía teniendo gran influencia en su país y en la política europea. De todas maneras, la imagen de la Europa que hoy se busca es muy distinta de la que preconizó Spaak ■ J. A.

TRAFICO DE SANGRE

EL irlandés Bram Stoker no pensó nunca, mientras en 1897 escribía su novela Drácula, que el vampirismo del conde transilvano se convertiría, siete décadas después, en lucrativo negocio para dos compañías norteamericanas radicadas en el Caribe y Centroamérica.

La Hemo Caribbean, en Haití, y el Centro de Exportación de Sangre (CEDESA), en Guatemala, Costa Rica, Honduras, Nicaragua y El Salvador, extraen, en cada uno de estos países, un promedio de 4.000 litros de sangre diarios, que equivalen, en total, a cerca de siete millones de litros anuales.

Los países industrializados, y en especial Estados Unidos y Suiza, absorben las exportaciones de sangre humana fraccionada en gamma



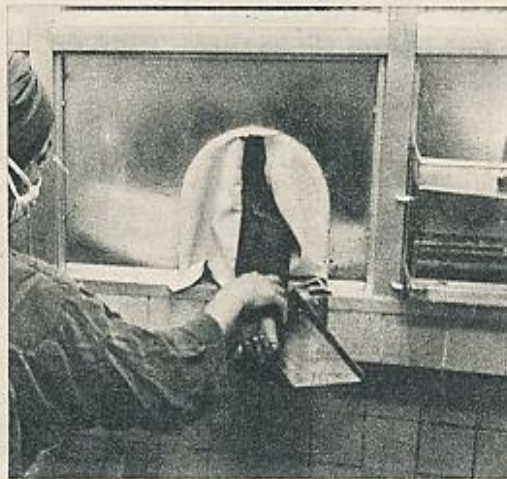
globulina, albúmina, soluciones de proteínas, globulina antihemofílica y otros compuestos.

De un tiempo a esta parte, el consumo de derivados de la sangre "per cápita" en los países industrializados se ha convertido en un nuevo índice con qué medir el nivel de su "desarrollo". Así, se considera "desarrollado" al país que consume más de 11 c. c. de derivados sanguíneos "per cápita". Inglaterra y los países escandinavos exhiben un consumo de 16 c. c., Francia e Italia de 14 c. c.

Negros caribeños e indígenas cen-

"boomerang", los donantes, ansiosos por recibir su mísera paga, ocultan el haber padecido hepatitis, paludismo, sífilis u otras enfermedades que hacen peligrosísima su sangre para el futuro receptor, pues en ella permanecen los gérmenes de estos males.

En este sentido es interesante señalar que El Salvador, Nicaragua, Guatemala y Haití, son, de acuerdo con la Organización Mundial de la Salud, los países con más alto porcentaje de paludismo en todo el continente, sin contar que la enteritis y la gastritis son enfermeda-



Negocio en áreas desnutridas.

troamericanos constituyen una aparentemente inagotable fuente de abastecimientos para los artifices del tráfico.

Todas las mañanas, columnas de famélicos donantes, en su mayoría indigentes y desocupados, acuden a los centros receptores de la Hemo Caribbean y la CEDESA, y obtienen de 3 a 4 dólares por donación, quedando citados para que vuelvan al cabo de siete días.

Este sistema de extracción de sangre cobra una dimensión escalofriante si se tiene en cuenta que el negocio se practica en las áreas más desnutridas y con más alto porcentaje de morbilidad de América Latina, y que el ritmo de las donaciones impide que los que ofrecen su sangre recuperen los elementos vitales.

Víctima de esta política, un número indeterminado de caribeños y centroamericanos adquiere anemia, crónica, a causa de la pérdida de hierro, por las repetidas sangrías.

Las citadas empresas no aguardan el plazo de noventa días, recomendado por los organismos internacionales, para que el donante recupere la hemoglobina, sustancia imprescindible para la oxigenación del cuerpo humano.

A esto hay que añadir que pasan por alto las pruebas complementarias que se deben efectuar para verificar si el que oferta su sangre tiene un mínimo de 12,5 por 100 gramos de hemoglobina y un 5,5 por 100 gramos de proteína.

Por otra parte, como siniestro

des crónicas en Centroamérica y Haití.

La mayoría de los latinoamericanos nacen, crecen y mueren sin haber conocido a un médico. Los guatemaltecos cuentan con un médico por cada 4.000 habitantes. En Haití hay media cama por cada 1.000 habitantes que demanden hospitalización; más del 92 por 100 de las casas carecen de agua potable, y el promedio de vida de la población fluctúa entre los diecinueve y los veinticinco años.

En Estados Unidos, las actividades de la Hemo Caribbean y la CEDESA han producido reacciones que van desde la preocupación de círculos médicos y su repercusión en el Congreso, hasta el terror de los medios ultrarracistas, que ven peligrar su "pureza de sangre" con la importación de plasma extraído de sangre de negros y mestizos.

El congresista Archie Davies, declaró que "no deseaba que nadie de su familia tuviera que salvarse con la sangre de un negro".

La Asamblea Legislativa del estado sureño de Louisiana determinó la obligatoriedad de que se clasificara la sangre según el color de la piel de los donantes.

Mientras tanto, el dueño visible de la Hemo Caribbean, un comerciante de origen israelí, Joseph B. Gorienshtein, y los funcionarios de la CEDESA, consideran que sus actividades tienen un sentido profundamente humanitario. ■ HECTOR DANILO.

La Capilla siXtina

EN UNA TARDE

El Presidente Nixon me dijo el otro día que si le daba la gana podía arrasar Vietnam del Norte en una tarde. Yo estaba sentado en una mecedora de rejilla para puntearme de aire la espalda y repasé varias veces lo que leía. La frase me sonaba. Creo que la saturación informativa nos ha hecho perder sensibilidad para las salvajadas criminales. Si Hitler en 1937 hubiera dicho que podía arrasar Checoslovaquia en una tarde, los católicos de izquierda (ya los había entonces) hubieran encendido cirios a San Tarsicio (un santo entrañable) y las izquierdas no católicas (también las había) hubieran salido a la calle con pancartas bastante insultantes contra el canciller.

Pero ahora Nixon dice que puede destruir un país, millones de habitantes, en una tarde (aunque de momento no lo hará) y no pasa casi nada. O bien la guerra de Vietnam y la conducta de los dirigentes políticos y militares de Washington ya nos tienen muy saturados, muy preparados para cualquier cosa, o bien es nuestra capacidad de sorpresa la definitivamente atrofiada, la que ya no tiene arreglo. Alarmado por esta sospecha salí a la calle dispuesto a realizar una breve encuesta, previo un muestreo muy personal. Vamos a ver, en el caso de que Nixon decidiera destruir Madrid en un cuarto de hora, ¿qué pensaría y qué haría la población? Mi muestreo era muy elemental: un señor que tiene avioneta particular y puede marcharse a Toledo a contemplar el bombardeo desde la barrera, un madrileño típico, hermano de alguien que conoce al primo de un señor de Orihuela, hermano de leche de la cuñada de un primo de un señor importante que puede olerse lo del bombardeo, un madrileño de la base, un pedazo de vietnamita cósmico que todos llevamos dentro.

El primero fue un potentado madrileño de origen asturiano que ha hecho millones fabricando chorizos y morcillas para las fabadas en lata. Le expuse la hipótesis y se mostró reacio a aceptarla.

—Y, ¿por qué nos han de bombardear? Nosotros nos portamos bien.

—Pero usted imagínese que es un acto de locura, vamos.

—¿Cómo va a estar loco un señor con tantas responsabilidades?

—Pues que le dé un pronto.

—¡Ah!, bueno, eso sí, porque un arrebatado lo tiene cualquiera. Pues si le da un pronto y me entero, cojo la avioneta y me voy a Toledo, o, si se tercia, a Oviedo.

—¿Y qué pensaría del asunto?

—Pues que después trataría de enterarme de los motivos y como la cosa no tuviera base legal le meto en un pleito, vaya si le meto.

El segundo, el madrileño de la base pero bien relacionado, me dijo que en cuanto el primo del señor de Orihuela, hermano de leche de la cuñada de un primo de un señor importante que puede olerse lo del bombardeo, lo olera y le informara a través de la cadena de transmisión, él pondría en marcha una segunda cadena de transmisión que pasa por un vecino que conoce a un matrimonio suizo que se ha construido un chalet con refugio atómico en Torrelozanes.

—Ya me ha dicho que en cuanto pase algo, para el refugio con mi señora, las dos niñas y mi madre política.

—¿Pero, a usted que le parecería lo del bombardeo?

—Yo, con tal de llegar a Torrelozanes cinco minutos antes... Muy bien hecho no está, pero en estos casos hay que secundar el grito de sálvese quien pueda. Y, además, ¿qué puedo hacer yo si ese señor quiere hacerlo? Eso, la gente con posibilidades.

Finalmente, recurrí al madrileño base. Se me quedó mirando con la colilla enganchada en el borde del lado izquierdo del labio inferior.

—¿Bombardearnos a nosotros? Amos, anda. Que ese tío no sabe con quién se las juega. El dos de mayo. El dos de mayo, que se lo digo yo.

—Pero caerían bombas masivamente.

—Con las bombas se harían las madrileñas tirabuzones, decía una canción de la guerra. Y ahora, igual. Cambiaría el peinado de las gachis, que falta las hace.

—Y el acto en sí, lo de poder borrar del mapa un pueblo entero, un país, ¿qué le parece?

—Muy mal. Muy mal. Y es que no hay principios ni na. Basta ver a la juventud, con esas melenas y todos drogaditos...

—Drogaditos. ¿Y qué tiene que ver un «hippy» con melenas con la manía bombardeadora del sistema americano?

—Pues que la cosa siempre empieza por la relajación de las costumbres. Mi chico tiene dieciocho años y últimamente se toma muchas libertades con el horario. Pues después de lo que usted me ha dicho, vuelvo a casa, le cojo y le sacudo dos guantás. Hay que empezar desde abajo.

Menos mal. He salvado la coherencia interna de una familia y el equilibrio épico de un pobre padre de familia.

SIXTO CAMARA